

Sean MacBride: XXV aniversario de la aprobación del Informe *Un solo mundo, voces múltiples*

Antonio Pasquali

La elección de Sean MacBride, en 1977, para presidir la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, fue uno de los grandes aciertos del director general de la Unesco de aquel entonces Amadou Mathar M'Bow (el otro y ni tan menor -al que quisiera rendir aquí homenaje- fue el haber puesto a Acher Deleon al frente del Secretariado redactor/editor del Informe). Sin mencionar otros detalles de su impresionante curriculum, MacBride llevaba la doble y merecida aureola de Premio Nobel de la Paz (1974) y de Premio Lenin de la Paz (1977) y venía de concluir una exitosa misión de Comisionado de la ONU en Namibia. Emanaba de su penetrante mirada, mitad hacia fuera mitad hacia adentro, de su cristalino inglés y de su francés parisino (su voz puede oírse en www.nobelprize.org/peace/laureates) la reconfortante fascinación de quien manteniéndose conectado como pocos a realísimos, grandes y crueles problemas, no renuncia ni por un instante a la utopía real de una humanidad pacificada ni desespera de una mediación siempre posible. Sabía y entendía perfectamente que la *comunicación* era uno de los más álgidos problemas de nuestra época, logró montar el magistral Informe *Un solo mundo, voces múltiples* en plena Guerra Fría, y dejó impreso en él el poderoso sello de su *humanitas*. El que todos, espontáneamente, lo hayamos rebautizado El Informe MacBride, da fe de ello.

El hecho de que estemos celebrando el vigésimo quinto aniversario de su aparición con ánimo de homenaje debido, responde a la pregunta de su posible impacto. Cientos, tal vez miles de ponderosos informes internacionales han pasado en este cuarto de siglo a los archivos, muchos a los archivos muertos. El Informe MacBride sigue siendo

Antonio Pasquali

*Profesor de la Universidad Central de Venezuela y
ex subdirector general de la Unesco para la comunicación*

referencia esencial para cuantos se ocupan de comunicaciones, y si bien a veces pudiera resultar más citado que leído (pero esto sucede también con Clausewitz y los Evangelios, Maquiavelo o Marx), lo cierto es que ignorar hoy su existencia entre comunicólogos es lanzar una nefasta señal de ignorancia y desfase.

Múltiples razones explican la supervivencia y lozanía de este delicado trabajo colectivo. Estimo, a título personal, que una de las más funcionales fue que el equipo redactor supo evitar los encandilamientos tecnológicos para ir directo a la substancia moral, social y política del problema. No es que falten en él estadísticas y referencias tecnológicas, e incluso prospecciones en buena parte acertadas, pero en lo medular el Informe evita la tentación futurológica de contarnos cómo sería el mundo de confirmarse ciertas tendencias (hoy sería ilegible), para atacar con armas y pertrechos el milenar tema de la humana relacionalidad en ámbitos tecnológicos y políticos contemporáneos: su gran *ouverture* se titula *Comunicación y Sociedad* y sus conclusiones se desplazan en temas del género *consecuencias sociales, democratización de la comunicación o cooperación internacional*. Invoco pues la misma razón que hace de la *Física* de Aristóteles una obra científica terriblemente demodé, y de su *Ética Nicomaquea* una obra moral dramáticamente actual. Al Informe MacBride lo salvó de la desactualización el haber anclado la comunicación contemporánea, con sus fulguraciones tecnológicas, sus estados felones, sus multinacionales prevaricadoras y sus Guerras Frías, no ya a su devenir tecnológico sino a las imperecederas interrogantes de la relacionalidad humana, de la presencia del otro, de la intersubjetividad, de los derechos del hombre.

Me atrevería a afirmar también que el mejor pensamiento que piensa hoy comunicaciones lo sigue haciendo, consciente o inconscientemente, empleando en menor medida

vocabularios forjados por diferentes escuelas y disciplinas (el de la Escuela de Francfort en primer término) y en mayor medida un vocabulario *unesquiano* que salió de documentos para iniciados para ser trasegado *urbi et orbi* justamente por el Informe MacBride; basta repasar su Sumario para convencerse de ello.

Durante el cuarto de siglo recién transcurrido, muchos de los poderes que en su momento no desearon la aparición del Informe MacBride no han hecho más que reforzarse, dando vida a una suerte de mitridatización y de resignación ante los más estridentes desequilibrios e interferencias comunicacionales. Pero también las ideas son tercas, y lo son en la medida de su mayor aproximación a un cierto ideal de justicia. Por eso recordamos y conmemoramos hoy una obra que no necesita refrescar laureles porque su verdadera celebridad ha de venir aún.